

Efectos Colaterales

Testimonios de afectados y afectadas por el agronegocio en Uruguay 2011

Preámbulo

En los primeros mapas de la colonización europea del Cono Sur, el actual territorio del Uruguay se identificaba como “tierra de ningún provecho”.

A diferencia de otros territorios del Abya Yala, o América, no abundaban en estos márgenes del “Mar Dulce” los metales preciosos que, convenientemente usurpados, representaban el principal atractivo de las expediciones europeas.

El siglo XXI ha significado, en contraste, una revalorización de ese territorio, abundante en aguas superficiales y subterráneas, así como en tierras cultivables por parte del capital. Su expresión en el territorio es diversa: el agronegocio no solamente controla extensiones, sino que condiciona las semillas a emplear, maneja los stocks de producción y permea con una lógica empresarial el uso y abuso sobre los recursos naturales. El capital borra fronteras en su práctica cotidiana: se expresa en Paraguay, se extiende en la pampa argentina y al sur de Brasil, avanza sobre un campo uruguayo caracterizado por la matriz del latifundio ganadero.

Precisamente en Uruguay, el millón de hectáreas de forestación a cargo de un puñado de empresas transnacionales, proyectos extractivos de oro y hierro y agricultura industrial a través de la soja transgénica o arroz son expresión de ello.

A través del rodaje en apenas tres departamentos de diversos testimonios sobre las consecuencias de este modelo productivo, queda claro que, lejos de la propaganda intencionada que relaciona este modelo con la “modernidad en el campo”, el saldo en concentración de recursos productivos, afectación de la salud de las poblaciones rurales, enajenación de las posibilidades de desarrollo y marginación solo beneficia a los empresarios y un pequeño número de técnicos e intermediarios funcionales.

La población reitera el sentimiento de acostumbramiento a estas condiciones, revela la ausencia del Estado como entidad de control del uso del suelo y el agua, así como de salvaguarda de la salud pública y al mismo tiempo su incertidumbre sobre el futuro inmediato.

El sistema de salud pública exhibe serias debilidades a la hora de diagnosticar una serie de nuevas afecciones de las poblaciones directamente influidas por el paquete del agronegocio. Asimismo, los actores políticos, sociales y gubernamentales se muestran condicionados en su accionar por el sofisma de que “el agronegocio genera puestos de empleo”. Ello puede ser asumido como parte de la verdad si se lo compara con la tradicional estancia ganadera y la sobreexplotación de los asalariados. Sin embargo, los mecanismos de distribución de tierras se tergiversan en la práctica ocurriendo que, no pocas veces, predios del Instituto Nacional de Colonización son ilegalmente arrendados a las empresas graneleras y la larga fila de aspirantes a un campo donde producir a escala familiar casi no avanza.

Lluvia envenenada

El enero de 2010 fue particularmente atípico en el territorio uruguayo. Tradicionalmente escaso en lluvias, ese año resultó sin embargo mucho más *llovedor* de lo habitual. El suelo se ablandó y los cultivos de soja prácticamente no admitieron aplicaciones a través de las pesadas fumigadoras autopropulsadas conocidas como “mosquitos”. De ahí que se incrementara la frecuencia con la cual las avionetas fumigadoras surcaron el cielo de una chacra sojera a otra, en las inmediaciones de Villa del Carmen, departamento de Durazno.

La zona, tradicionalmente ganadera, ha visto cambiar de manos varios miles de hectáreas: viejas estancias transformadas en chacras de monocultivo. Los antiguos vecinos transformados en empresas que a su vez contratan a otras empresas para el laboreo, siembra, tratamiento y cosecha de soja transgénica. En el pueblo, sin embargo poco se sabe de ese cultivo, su origen, las férreas patentes que lo “protegen”, los diversos venenos que se le asocian.

Jorge Mérola y su esposa, ganaderos familiares, trabajan un campo lindero a una de esas explotaciones y muchas veces pudieron ver a las avionetas aplicando sobre los cultivos. Una tarde de enero, ya finalizando la jornada, la lluvia se descargó, mojándolos completamente. Casi de inmediato ambos

comenzaron a presentar manchas en el tronco y las extremidades, relata Jorge, quien con otro motivo visitó a su médico pocos días después. Éste vinculó directamente dichos síntomas con agrotóxicos.

Con el pasar de los días Jorge evolucionó favorablemente, sin embargo su esposa debió consultar varias veces a su médico, con sendas visitas a especialistas en la capital, hasta obtener un diagnóstico de dermatomiositis o “lupus” y un tratamiento con quimioterapia. “De no haber tenido esa consulta ya programada y el interés de mi médico por aquellas manchas, seguramente el diagnóstico se hubiera visto demorado y la situación de mi esposa sería aún más grave”, dice Jorge.

Las fumigaciones de las plantaciones cercanas también le afectaron económicamente: varios terneros de su propiedad murieron con síntomas de envenenamiento. ¿Denuncias ante las oficinas competentes? “No me molesté. Algunos meses antes se supo de una mortandad de peces en el río Yí y la versión del MGAP era que la causa había sido insuficiencia de oxígeno en el agua, a pesar de que coincidía con los momentos de mayor frecuencia de aplicaciones. Frente a ese tipo de respuesta... preferí no denunciarlo, aunque sí hablé con algunos medios de comunicación y el caso se conoció en todo el país”, dice Jorge.

A pocos kilómetros de allí, Gerardo Parodi también vive de la ganadería vacuna y lanar a escala familiar y señala que “estamos rodeados de agricultura, estancias que eran ganaderas hoy en su mayoría hacen agricultura”. Consecuencia: acceder a más tierra es cada vez más dificultoso. También Gerardo se ha topado con grandes cantidades de peces muertos en una vieja represa donde solían ir a pescar los lugareños y, también en silencio, también sin encontrar en la estructura estatal un alero protector, desarrolló una estrategia sencilla para proteger la salud de su familia: “cuando veo que van a fumigar, ya sé que mi esposa con mi hija chica tienen que subirse al coche y salir de acá. Ni siquiera con la casa totalmente cerrada se deja de percibir un olor tan fuerte”.

Otro vecino de la zona de Villa del Carmen, Larry Britos, ha visto con preocupación la muerte de sus colmenas aún instaladas en su propio campo. Más: se encontraba trabajando en ellas cuando lo sobrevoló una avioneta fumigando, cruzándose de un campo sojero a uno forestal que tiene por vecinos de su pequeño predio. “Al otro día de ese hecho, todas las colmenas de ese apiario amanecieron muertas”, remarca. En su campo, propiedad de su familia, engorda algunos novillos como complemento de su actividad como electricista y apicultor. Sin embargo, se ha ido “empobreciendo”, las malezas resistentes a herbicidas han comenzado a invadir su predio, ha detectado varias veces envases de agrotóxicos en las zanjas hacia donde escurre el agua de lluvia, o hallado mulitas y otros

animales muertos... ha pensado en vender antes de que sea demasiado tarde. “Si dan con lo que pido, que no es poco porque al estar rodeado sé que habrá interesados, te diría que vendo y me dedico a otra cosa”.

La desinformación es violencia

En las cercanías de Sarandí Grande, departamento de Florida, el paisaje ha cambiado drásticamente en los últimos años. La cuenca lechera de Florida tiene ahí su eje. Sin embargo, los tambos más grandes han comenzado a distribuir tierras entre la lechería y la agricultura, dados los altos valores de arriendo que las empresas sojeras ofrecen a los productores. De otro lado, para los lecheros familiares resulta cada vez más difícil hacerse con nuevas superficies y directamente no compiten.

Así lo ejemplifica Isabel Olivo, en su pequeño tambo familiar, para quien “la desinformación que existe sobre este modelo de producción y sus consecuencias es también una forma de violencia”. Haciendo un paralelismo con la farmacéutica, expresa: “te cuentan los aspectos más atractivos de estos cultivos, el valor que tienen y las ganancias que pueden implicar. Sin embargo, las contraindicaciones nunca son tan claras”.

Isabel se manifiesta preocupada, fundamentalmente por el espacio que puedan tener los jóvenes rurales para permanecer en la producción. “Hablamos de igualdad de derechos, de ejercer nuestros derechos, de equidad, pero eso está en los papeles. Para concretarse falta mucho. Si al niño lo apartás del campo sufre un desarraigo. Un derecho como es la Soberanía Alimentaria se pierde en primer término. Te hablan de seguridad alimentaria, pero no es lo mismo. A un hijo lo podés llenar con hamburguesas todos los días, pero la Soberanía Alimentara como el derecho de consumir alimentos sanos, producidos en su propio predio, no se respeta” con el modelo del agronegocio, dice. “La información es básica y mucha gente no la tiene, no se dice todo lo que se debería decir”, apunta Isabel, que preside la Red de Grupos de Mujeres Rurales del Uruguay.

Los efectos de un modelo productivo excluyente son percibidos de modo particular precisamente por las mujeres: tradicionalmente encargadas de la alimentación familiar, de la conservación de las semillas, pero también con crecientes niveles de organización, identificación y acceso a la información

sobre el saldo de este modelo aplicado en países vecinos como Argentina, Paraguay, sur de Brasil, esto es en la denominada “república de la soja”.

Aulas fumigadas

Resulta claro para quien recorra el Uruguay profundo la importancia central que ocupa la Escuela Rural. Centro de sociabilidad y de aprendizaje, destino de solidaridad, más allá del edificio que los alberga, las escuelas rurales son, por sobre todo, comunidad de niños, familias y docentes.

Las escuelas son testigos, pues, de los acelerados cambios que se operan en el campo uruguayo. Y también víctimas. Durante la investigación para el relevamiento de testimonios sobre afectación de comunidades por el modelo de agronegocio, llegamos hasta la Maestra Directora de la Escuela N°80 de Sauce de Herrera, en el departamento de Durazno, Elsa Gómez.

El centro educativo cuenta con un robusto edificio, rodeado de eucaliptus añejos y aún en tiempos de verano resulta fácil imaginarse su música de fondo: niños del lugar llegando a pie o a caballo, de distintas edades, el almuerzo compartido con la docente y el compañero. La Escuela está literalmente rodeada de soja. Por ello, en 2009, durante dos jornadas consecutivas, una avioneta fumigó dicha escuela al cruzarse de una chacra cultivada al frente a otra que linda con los fondos del centro educativo.

La educadora relata que en una jornada los niños se hallaban ya de regreso en sus casas, aunque permanecían dentro la auxiliar de servicio culminando la higiene y su pequeña hija. Pero al día siguiente se repitió el hecho con todos los niños dentro del aula. “Fumigaron el tanque de agua de la escuela y un vecino del lugar que es ingeniero agrónomo, comprobó que, debido al viento en esos momentos y a las reglamentaciones vigentes, no deberían haber estado haciendo aplicaciones. Fue este vecino quien divulgó el hecho porque como docente no puedo hablar con la prensa. Sin embargo la denuncia no tuvo ningún efecto. A los pocos días me interceptaron algunos funcionarios del MGAP en la ciudad de Durazno, en momentos en que estaba esperando el transporte para ir a trabajar a la escuela y parecía que querían minimizar el hecho, del modo en que formulaban sus preguntas”, relata Elsa, aún indignada.

Le consultamos sobre la reacción de los padres: “Ellos están acostumbrados, ¿sabés?”, reflexiona con naturalidad Elsa. “La agricultura hace que rote mucho la gente que viene a trabajar en las chacras.

Trabajando en esa misma escuela, en un solo año pasaron los niños de tres familias distintas que venían a trabajar en un establecimiento pero al poco tiempo lo dejaban”.

Otras maestras, en este caso de Estación Merinos, en el límite entre Paysandú y Río Negro, brindaron su testimonio por la ocurrencia generalizada de afecciones respiratorias entre sus alumnos -y aún entre sus hijos y ellas mismas- debido a la fumigación de una chacra precisamente frente a la escuela. Ellas son Fabiana Castelvi y Laura Godoy. Nacidas en la localidad, optaron por ejercer su profesión docente allí mismo.

En el verano de 2010, un cultivo de soja distante escasos 100 metros de la Escuela fue fumigado, lo cual desencadenó alergias y bronco espasmos. “Comenzaron como casos aislados, sin embargo posteriormente se generalizaron y ello motivó una consulta con el médico de la localidad, que lo vinculó directamente al uso de agrotóxicos”, señalaron las docentes. Avionetas y mosquitos son ya parte del paisaje. “Estamos verdaderamente rodeados”, dice Fabiana y agrega que, a su juicio, como oriunda de Merinos, “desde el momento en que las tierras se venden a extranjeros, eso ya nos está afectando”.

Ambas maestras coinciden: “muy pocos padres son los que trabajan en esas actividades. Los verdaderos beneficiados son los dueños de las plantaciones”.

Colmenas en peligro

Por sus características de productores rurales sin tierra, y el trabajo con insectos como son las abejas melíferas muy susceptibles a las condiciones ambientales, por norma general los apicultores son quienes más tempranamente reciben la afectación por la adopción del paquete del agronegocio. Los campos comienzan a escasear, la producción de mieles se empobrece en cantidad y calidad de un lado, y de otro se concentra en aquellas empresas de mayor escala.

Así lo testimonian Amado Ferrari y Aristildes Texeira, del departamento de Paysandú. Integran la Cooperativa CALAPIS, que acopia y comercializa mieles en la región litoral del Uruguay con destino a la exportación.

Amado señala la desaparición acelerada de los apicultores familiares, con menos de 50 colmenas en producción. Asimismo, quienes siguen produciendo encuentran nuevas dificultades, directamente vinculados con la agricultura de monocultivo: los pólenes que pecorean las abejas son de una única especie, por lo cual el sistema inmunológico de la colmena se ve debilitado y las colonias resultan más

propensas a enfermedades. La exportación de mieles uruguayas a la Unión Europea, agrega, se ha visto dificultada al encontrarse rastros de pólenes transgénicos.

Aristildes, por su parte, relata que ha observado que algunas colonias acumulan pólenes de soja, pero finalmente lo abandonan sin consumirlo. “La aplicación de agrotóxicos ha afectado la biodiversidad y transformado los hábitos de trabajo en las colmenas”, afirma.

Finalmente, para Amado Ferrari se requiere una investigación seria y en profundidad por parte de las instituciones públicas sobre la afectación en salud del modelo productivo, similar a los existentes en el caso de Paraguay.

Recuerdos del paraíso

A unos 70 kilómetros al oeste de la ciudad de Salto se encuentra Rincón de Valentín: una urbanización de MEVIR donde están radicadas más de 200 familias. El suelo es basáltico, pedregoso, lo que hace retener las altas temperaturas del día. Cualquier palmo de sombra, pues, es bienvenido y valorado. Tradicionalmente es el árbol de “paraíso” (*Melia azedarach*) el que la brinda en esta región norteña. Sin embargo, desde que se instalaron en las cercanías del pueblo cultivos de arroz, sustituyendo a la ganadería, las fumigaciones aéreas han hecho desaparecer los árboles, recuerda Beatríz Pereira Das Neves, que se define como mujer rural y activista social.

Beatríz y una decena de mujeres de Rincón de Valentín llevan adelante una experiencia de huertas familiares agroecológicas, lo cual es buena excusa para abordar otros temas: violencia familiar, soberanía alimentaria, políticas de género, nutrición, salud sexual.

Sin embargo, el mismo veneno que les quita la sobra afecta la producción de sus huertas, señala Beatriz. Por su lado, Onelia Domínguez nos brinda testimonio de los efectos de los agrotóxicos sobre la salud de la comunidad: es auxiliar de enfermería en la policlínica local y admite que “en determinada época, cuando andan los aviones hay más afectación, más casos de problemas respiratorios, conjuntivitis, dermatitis, infecciones de piel, se hacen más comunes, más reiteradas”.

“Los pacientes no lo asocian, pero nosotros se lo hacemos saber, insistimos en que en épocas de aplicaciones se deben tomar recaudos especiales”, dice la trabajadora de la salud. “En las huertas, sobre los cultivos de hoja se forma una especie de herrumbre”, agrega.

Los empresarios arroceros, son asimismo los “benefactores” de la comunidad, aportando fondos para la escuela, para las fiestas sociales y hasta para la propia policlínica lo cual hace aún más difícil tratar el tema públicamente.

Aunque es primavera, el sol pega fuerte en el mediodía de Rincón de Valentín. Los últimos paraísos dan testimonio de resistencia. ¿Cuántos casos serán necesarios para llamar la atención del Estado?

¿Cuántas voces serán necesarias para romper el silencio sobre los verdaderos impactos de este modelo?

Ignacio Cirio / Redes AT Uruguay

Noviembre 2011

Links a los videos

Capitulo 01: <http://vimeo.com/32422764>

Capitulo 02: <http://vimeo.com/34228826>